



Mercado de Santa Caterina. Barcelona

Todo comenzó en un carrete

Gabino Martín Toral

La mañana había envuelto de niebla las calles. La quietud habitual de un domingo en las primeras horas del día se multiplicó por más de dos en aquel ambiente inusual. Sólo unos tacones resonaban en un pasaje que desembocaba en un lateral del Mercado de Santa Caterina. Recordó entonces un sonido de carretones que avisaba entre voces de la llegada de la mercancía, ahora sustituido por unas constantes y acompasadas pisadas que eran la única compañía de una silueta que emergía entre la bruma. Sentía la insensata sensación de vértigo, al no poder reconocer en la dudosa ubicación del mercado, calle o plaza, según se mire, ningún lugar conocido. Cuando la ciudad se transforma, se pierden los rincones y las plazuelas, y los viejos sienten que el agua de la vida se evapora, si no se escabulle anónimamente, abandonando las calles que recorrieron, como la lluvia en su viaje a las profundidades, a través de las alcantarillas. Su memoria confundía los instantes que había captado durante años en incontables fotografías, a la vez que los mezclaba con antiguos relatos que le transportaban en una nebulosa de sensaciones. Creyó reconocer a unos monjes ayudando a unos harapientos a transportar cántaros de agua milagrosa, en lo que sólo era el discurrir de personas abatidas por el destino. Levantó su cámara, y dirigió su objetivo a la enigmática figura, esperando que a su entrada en la plaza, el sol que ya penetraba, iluminara lo suficiente aquel personaje que imaginaba de la noche, pues no eran horas de paseos. Cesaron los pasos, el silencio le produjo un vacío en el estómago, la certidumbre de la espera fue sustituida por una sensación de inquietud. Permaneció inmóvil, aguardando algún sonido que le diera la pista de lo que estaba ocurriendo. En cambio una luz intensa cegó sus ojos. “Una luz de un



potente flash”, pensó. Notó que unas gotas de su orina mojaban su ropa interior, y una desagradable sensación de mareo le obligó a sentarse en un banco de hierro al lado de una fuente, lo que incrementó la sensación de frío y humedad. Cuando despertó de aquel letargo el sol calentaba su cuerpo paralizado, que se resistía a obedecer las órdenes de su cerebro, permanecía como atado a unas ligaduras invisibles. Pudo abrir los ojos y ver que su reloj marcaba las doce y media pasadas.

A un lado de su cuerpo estaba su cámara fotográfica, al otro lado un anciano miraba las palomas y el fluir del agua por un caño de la fuente. “Vaya, parece que se ha dormido —le dijo—, no es usted un mendigo, ¿le pasa algo?” “No, nada —contestó—, sólo ha sido un mareo, algo de la tensión”. Le dio las gracias por preocuparse por él y se despidió aturdido e incómodo por la situación.

De la catedral había salido un nutrido grupo de feligreses, que seguramente le habían visto y que habrían pensado que dormía una buena cogorza de noche de sábado. Qué más le daba lo que pensarán unos desconocidos, el caso es que se encontraba bien. La extraña sensación de encontrarse atado fue desapareciendo, se levantó y comenzó a caminar. Escuchó la voz del viejo que le avisaba que se dejaba olvidada la cámara, fue a recogerla y comprobó extrañado que la tarjeta de memoria estaba fuera. Algo nervioso agradeció nuevamente sus atenciones y se guardó la tarjeta en un bolsillo de la chaqueta.

Al salir de la plaza, contempló sorprendido el bullicio del paseo principal, hasta que cayó en la cuenta de que era domingo, “la hora de hacer el vermut”, se dijo.

Intentaba reconstruir la mañana, por más que la repasaba, había en este tiempo al menos cinco horas que le faltaban, cinco horas recientes en las que había permanecido inconsciente, eso era lo que su lógica le indicaba.

Tras el fognazo de luz que le indujo a lo que intuía fue un sueño profundo y pesado, creyó tener un vago recuerdo del individuo que debió surgir entre la niebla a primera hora. Todo resultaba demasiado extraño, sin embargo había ocurrido.

Introdujo la tarjeta con la intención de realizar algunas fotos. Se sorprendió al ver la palabreja “full”, que indicaba que todos los registros habían completado su capacidad, y con algo de resignación se dispuso a ver en la pequeña pantalla de su cámara lo que podría haber ahí, para ello se sentó en un escalón de una escalera que sabía que era poco transitada. Aparecieron imágenes de su vida, el momento de su nacimiento, cuando se perdió con un triciclo de asiento rojo a la edad de tres años, el instante primero en que miró la calle desde lo alto del balcón de la casa donde vivió, los ojos de la mujer que le enamoró, las manos que supieron acariciarle y que luego fue olvidando, una larga espera de su padre a la vuelta del trabajo, su madre recogiendo la ropa congelada del tendedero, la arena de una playa inmensa, un rayo de sol que penetraba describiendo un perfecto haz entre



las persianas de la habitación donde pasaba una tarde de verano, y así una tras otras más de mil figuraciones, resumen y muestra que le hablaban de él.

“¿Pero quién pudo haber obtenido esas fotos”, pensó.

“¿Qué extraño viaje es esto de vivir?”, dijo para sí mismo, mientras veía cómo le temblaban las manos y mientras sentía que las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

Y aún no había terminado de verlo todo, de pronto se dio cuenta que la luz del día iba siendo sustituida por la penumbra de la caída de la tarde. “¿Cómo era posible?” De nuevo había perdido la sensación del paso del tiempo. Ahora con la oscuridad podía ver con más nitidez en la pequeña pantalla.

Un nuevo registro le mostró su rostro envejecido, sintió pánico, una sensación de presión que le abarcaba desde el cuello, pasando por el pecho para finalizar en sus testículos. La cámara se resbaló de sus manos y fue rodando hasta el final de la escalera. Lentamente se incorporó, la recogió del suelo y con alivio pudo contemplar que funcionaba, pero que la imagen que se le mostraba era otra diferente.

“Quieras o no vas a tener que ver lo que no deseas conocer aún”, pensó.

No reconocía a la persona que salía en la foto que ahora tenía ante sus cargados ojos, era una joven de unos veinticinco años que lucía una jovial sonrisa y una mirada llena de vida, y que plantaba en ese instante un beso en lo que debía ser su mejilla años después, mientras

él parecía estar convaleciente en una cama de hospital rodeado de aparatos que mostraban las gráficas de sus constantes.

No podía pasar de esa foto a la siguiente, temía lo peor al contemplar lo que le aguardaba en su vida. “¿Qué expresión más absurda!” Esto era un sin, sentido que no podía estar ocurriendo. Pero ahí estaba él al pie de una escalera en una ciudad conocida contemplándose en un instante que no había ocurrido, y del que no podía tener la seguridad que llegara a ver jamás.

La chica de la foto le resultaba familiar, tenía el mismo aire decidido de su primera esposa, la misma nariz y la misma expresión de su hija mayor en el entrecejo.

Estaba sudando, miró su reloj, que nuevamente marcaba un poco más de las doce y media.

No había comido nada en todo el día, ahora que lo pensaba. Lo mejor sería volver a casa y dar una excusa inverosímil sobre su tardanza, ellos la entenderían, pensarían que habría necesitado estar solo.

Buscó en el bolsillo de la chaqueta el abono del transporte urbano, pero sus dedos tropezaron con algo que enseguida identificó como uno de los antiguos carretes de fotos, por lo que su mente comenzó a rebuscar una respuesta coherente al hallazgo.

Lo sacó y se lo puso delante de sus ojos, no tenía la pequeña lengüeta de la película fuera, por lo que supuso que las treinta y seis posibilidades de captar unos momentos



irrepetibles se habrían consumido de una u otra manera. Pero sus pensamientos no podían ir mucho más allá. Tal vez ahí estaba grabado su pasado desconocido, tal vez un futuro diferente o tal vez, sencillamente, algo que no tenía nada que ver él.

Pronto saldría de la duda, aún tenía un pequeño equipo de revelado, y ya no le importaba desvelar lo que algún desconocido quería contarle.

En la mesa de la cocina una nota decía: “Ha venido tu hija a verte. Nos fuimos a cenar. Un beso”.

Cuando regresen la excusa no tendrá sentido, pero probablemente podría mostrarles algo convincente, esperaba. En el cuarto oscuro los líquidos iban haciendo su trabajo sobre el carrete. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevaría perdido?, se preguntó.

Es como la memoria, una veces funciona y otras no, pero hasta el final todos son recuerdos.

Por fin fueron apareciendo contornos de personas con sus rostros en las cubetas. La emulsión fue dejando ver la imagen latente en el mágico papel. Este milagro casi olvidado le resultó muy emocionante, y le hizo olvidar por unos instantes sus temores, que se fueron transformando en curiosidad.

Como la escultura va surgiendo de la piedra inerte, el papel obtiene sentido con la estampación de las escenas que encierra. “Un milagro –se dijo a sí mismo–, ¿cuántos carretes no hallados guardarán tantos instantes?”.

Como las palabras que sólo se piensan, los pasos que se andan hacia ninguna parte o las leyendas que nadie escribe, nunca existieron, aunque hubieran podido ser tan importantes para algunas personas, hasta el punto de salvarles la vida.

Se sentó en una vieja butaca, y se durmió.

Al despertarse volvió a rebuscar lentamente en los escondrijos de su cerebro algo que le diera la posibilidad de comprender cómo las escenas que languidecían en las pinzas del laboratorio habían podido salir del rollo de película que alguien había metido en el bolsillo de su chaqueta, probablemente cuando perdió el conocimiento la mañana del día anterior.

En una de las imágenes colgantes estaba con su hermana mayor en el Parque del Retiro, recordó el momento, él tendría unos catorce años, pero no tenía idea de que alguien hubiera realizado ninguna fotografía.

Abrió las ventanas de la habitación, las cortinas se agitaron y una luz amarilla inundó la estancia en fracciones de segundo. No se escuchaba un solo ruido en la casa, –estarán durmiendo todos–, fue la conclusión a la que llegó, pero al poco tiempo, como un relámpago, se incrustó entre el desconcierto de sus pensamientos el recuerdo de que la nota que había leído al llegar anoche llevaba al menos un mes en el mismo lugar.

Miró el reloj, que marcaba con insistencia las doce y media y algo.

En otras ocasiones habría bastado con una ducha para que arrastrara con el agua, entre los pliegues de su piel, lo insólito de alguna situación y que su recuerdo se fuera por la cañería, pero esta vez su afán le llevaba a querer encontrar sentido a todo esto.

Las fotos se movían de forma desacompañada con el aire, parecía que tomaran vida los rostros, sonrientes algunos, tristes otros e impasibles muchos, que se habían congregado en la cofradía de la ropa tendida.

Allí pendían reuniones de juventud, las caras embotadas de los concurrentes al haber tomado algunas copas más de las convenientes, en algunas jugaba con sus hijos tendidos en un prado verde y luminoso, los acontecimientos familiares sobresalían por los coloridos atuendos festivos que vestían sus personajes. En una de ellas un amigo injustamente fallecido constituía una imagen no olvidada jamás, y así una tras otra las estampas como cuadros pétreos que no podía desconocer. Todo había comenzado en un carrete, pero ahora el futuro lo tenía grabado en los registros que aún le quedaban por ver de la tarjeta guardada en su cámara digital.

¿Qué pensamiento más absurdamente real! Igual de



inexplicable –pensó– que no darse cuenta de la antigüedad de la nota que leía noche tras noche en la mesa de la cocina -. No la encontraba. Debió quedarse en la escalera o en el asiento del autobús que le trajo de vuelta a casa, se dijo. Fueron momentos demasiado angustiosos para mantener la necesaria serenidad y su impulso mas fuerte fue huir para no conocer lo que se le avecinaba, aunque no pudiera hacer nada por cambiarlo.

Vencida la pereza después de un tomar un café cargado con unas galletas rotas, sus pies pisaron la calle con una sensación de extraña alegría por el nuevo día y una mirada de bobo, al menos es lo que le parecía a él.

Atravesó toda la calle que daba a la puerta principal del mercado, que recobraba su aspecto habitual, los olores de una mañana de diario, las conversaciones mezcladas, la bendita rutina de los lunes y la frase repetida ese día por su madre, “hoy no compraré pescado, que ayer los barcos no salieron a faenar”. Después íbamos a un puesto muy especial, donde veía subir el aceite con su tono amarillo verdoso brillante, que un émbolo extraía de unos depósitos ocultos, para servir al por menor y ser transportado en las botellas que llevaban las mujeres en su cesto de la compra.

Los destellos de luz, que son los recuerdos, tienen algo del color de ese aceite, envuelven los rostros y los lugares, haciendo que se tamicen. Como en las miradas de los demás, no son sus ojos lo que vemos, son algo más etéreo, nada tangible.

Lo más probable es que continuara en la escalera recóndita donde pasó toda la tarde anterior, pero después de recorrerla arriba y abajo varias veces, de buscar entre las balaustradas, de mirar en cada uno de sus recovecos, como si de una lentilla se tratara, tuvo que desistir del empeño, y reconocer que se había quedado sin futuro y sin su nueva cámara, al mismo tiempo.

En el banco de hierro donde había pasado unas horas sin sentido se encontraba sentado el mismo viejo de ayer. Le hizo señas con una mano para que se aproximara a él, desolado y abatido le obedeció. Cuando se encontraba a su lado pudo ver que envuelto en unas hojas de papel de periódico, un bulto dejaba reconocer el objeto perdido. “Lo encontré esta mañana –susurró–, supuse que era suyo, tome”.

Se lo agradeció insistentemente mientras lloraba, juntando sus manos e inclinando hacia abajo su cabeza, pues no podía emitir ninguna palabra.

Regresó a su casa abrazado al bulto como si se tratara del cachorro de un perro abandonado que un niño quiere quedarse mientras su madre le niega con la cabeza que pueda realizar ese deseo.

Podemos contemplar unos retazos de nuestras vidas y probablemente serán semejantes a los de otras tantas vidas distintas, pero difícilmente somos conscientes de que habiendo escasas diferencias cuando miras un rostro deseas verte reconocido en él.

Ahora que nuevamente tenía ante sus ojos la foto de aquel beso tierno y amoroso, tenía otra oportunidad de avanzar en este raro conocimiento de lo por venir. Le dio al botón que lo haría posible y así fue como pudo verse en el salón de una casa decorada con globos, como si se tratara de un día de celebración de un cumpleaños infantil, donde nunca había estado, alrededor de personas que probablemente aún no habían nacido y algunas otras de las que aun no sabía nada, pero donde se sentía bien a juzgar por su amable expresión.

Comparando algunas de las personas de las fotografías colgantes con las de la pantallita de su cámara podría haber sacado muchas conclusiones, pero prefirió vivir la emoción

del hallazgo y ver una nueva imagen, en la que se encontraba sentado junto a un anciano igual que él que le estaba enseñando el retrato de alguien querido.

Sonó un timbre, alguien llamaba a la puerta de su casa, no hizo nada por abrir, sin embargo escuchó de repente las palabras de la conversación de las personas que entraron, y que ignoraron su presencia como si fuera invisible; pudo reconocer a todos, aunque nunca había oído sus voces. “El laboratorio del abuelo quedará muy bien como habitación de invitados. Qué loco estaba, hasta el último momento estuvo revelando sus fotos”, dijeron.

Gabino Martín Toral

MERCADO DE SANTA CATERINA. BARCELONA



Situado en el centro de la “Ciutat Vella”, en el barrio de la Ribera, el Mercado de Santa Caterina ha sido testimonio de excepción de la historia de Barcelona. De hecho, fue el primer mercado cubierto de la ciudad.

La historia del mercado comienza con el derribo del convento, por motivos de su destrucción, en el año 1835 debido a revoluciones ocurridas en aquella época.

La plazoleta de Santa Caterina se llamaba antiguamente la plazoleta de los carretones, en la que se celebraba una feria de cántaros el día de Sant Domènec.

Los monjes de Santa Caterina tenían un pozo en el claustro, cuya boca desapareció en una de las reformas antiguas del mercado. El agua de aquel pozo era considerada milagrosa para curar las fiebres palúdicas. Para que el agua no se contaminara, se acostumbraba a estrenar un cántaro para servirse, instaurándose por ese motivo la feria de los cántaros.

El Mercado de Santa Caterina se inauguró en 1848, pero los trabajos comenzaron en 1844, después de un decreto real que concedía al Ayuntamiento de Barcelona antiguos terrenos eclesiásticos para proceder a su edificación.

Tras la Guerra Civil, en los años 40, fue el centro de provisión de la población y ciudades de alrededor: Sant Adrià de Besòs, Badalona, Santa Coloma de Gramanet, el Masnou, Mataró..., desde donde la gente venía en tranvías que tenían el comienzo y el final en la calle Trafalgar y la ronda de Sant Pere, calles de paso al mercado.

En la actualidad, el Mercado de Santa Caterina ofrece sus servicios a la ciudad tras su completa rehabilitación, inaugurada en septiembre de 2005, después de varios años de obras, porque la reforma se vio afectada por el descubrimiento de restos arqueológicos de gran importancia, que ahora se pueden observar en los accesos al mercado.

El mercado dispone de unas cubiertas de madera muy espectaculares y una marquesina que sale del mercado hacia la avenida Cambó, en dirección a la Vía Layetana. La oferta comercial incluye una amplia variedad de puestos de frutas y verduras, carnicerías, pescaderías, etc., junto a un supermercado y bares y restaurantes. El dinamismo de la actividad comercial en el Mercado de Santa Caterina lo demuestran los más de 200.000 consumidores que acuden cada mes a comprar a sus instalaciones.

Más información: www.mercatsantacaterina.net.